

CAPÍTULO TERCERO:

¿EXISTE DIOS?

1. Buscando respuestas.

Durante siglos y hasta hoy mismo, el concepto de Dios y de lo Absoluto se han asociado incluso identificado entre sí y sin embargo ni tienen un mismo origen, ni tienen igual contenido, ni sentido, ni significado. Mientras que el concepto y contenido de Dios proviene del ámbito religioso, de la tradición de los pueblos, lo Absoluto depende de argumentación filosófica, a base de razón y lógica. Se puede admitir sin demasiados problemas la existencia o persistencia de lo Absoluto, y negar con rotundidad la de Dios.

Sin diferenciar los conceptos de Dios y lo Absoluto, muchas de las razones de otras épocas que afirmaban la existencia de Dios, hoy no son comunes para todos, pues desde la Ciencia y la Filosofía se han desmontado los argumentos principales que la sostenían. Ya desde los tiempos de la Academia Platónica, se dice que hay dos fuentes donde reconocer a Dios: de un lado, la fascinación del firmamento del cielo y de otro la profundidad del alma humana. Ambos postulados se pueden seguir a lo largo de toda la filosofía y de la teología hasta el presente. Sin embargo, la Ciencia ha puesto entre comillas ambas cosas. Ni el firmamento del cielo es como lo pensaban los antiguos, ni el alma del hombre queda tan separada del resto de la evolución animal, que no pueda pensarse desde la biología y la psicología. Los dos supuestos quedan descafeinados, porque se les ha sustraído su sustancia.

Para la mayoría de creyentes el fundamento de su fe es tan simple como reconocer que el mundo y el hombre no surgen de forma espontánea, sino que requiere un Hacedor, un Ser Superior al que llamamos Dios, Creador de toda existencia. Sin embargo para otros muchos, esto no resulta evidente, no admiten que sea necesario un diseñador que explique el orden del Cosmos, pues este puede ser debido a otras causas, o intrínsecas del propio sistema. Para otros mostrar una posibilidad razonable de existencia de Dios, es una complicación innecesaria en la justificación de sus vidas, lo que les hace desistir de su posible creencia. Pero sobre todo son las consecuencias de ser creyente, lo que hace que muchos la abandonen indiferentes, o incluso sean beligerantes en contra de la existencia de Dios.

A menudo se piensa que la base más importante para sostener esa proposición desde el

punto de vista del creyente, es la trascendencia de la vida en un más allá tras la muerte. Creen los escépticos que esta hipótesis es científicamente rechazable, con un altísimo grado de probabilidad, porque toda función mental y por tanto el alma desaparece con el deterioro del cuerpo. Además, son tantas las formas e imágenes de Dios, que no pueden ser otra cosa que construcciones humanas y que sin duda son sostenidas por los grupos de poder, como armas valiosas para el sometimiento y control de los pueblos. Por ello acabar con la religión, es una de las liberaciones más importantes de las sociedades avanzadas posmodernas, y también de cada hombre libre del peso de la culpa.

Pienso que no es tan fácil como se propone rechazar la idea de Dios, pues cada afirmación tiene su reverso. Un examen más riguroso, lleva a admitir como posible un más allá trascendente como consecuencia de la existencia de Dios y no al revés. Que las imágenes de Dios sean tan numerosas e incluso contradictorias, puede deberse a la mirada parcial de cada hombre a un Dios suficientemente grande y complejo. Que sea una liberación abandonar la idea de Dios y lo religioso, no deja de ser una apreciación personal que puede estar equivocada, pues para muchos creyentes es precisamente la vuelta a Dios lo que les parece una liberación total, fuente de vida y de alegría, y para un gran número de ellos es el fermento que impulsa el trabajo de desarrollo y liberación de los pueblos más oprimidos de la Tierra.

Otros afirman que preocuparse por Dios y de lo religioso es propio de mentalidades débiles, incapaces de madurar y de aceptar la vida como es, o bien se trata de hombres envejecidos, enfermos, próximos al final de su vida. La actitud razonable es acomodarse a los límites, a los años que nos tocan en suerte vivir con lo que tenemos, y dejar lo otro porque no vale la pena. Dicen: “Ocupémonos de solucionar nuestras necesidades y mejorar nuestras condiciones y calidad de vida, y dejemos las cosas del más allá sin respuesta pues están fuera de nuestras posibilidades”. Así se liberan del compromiso que supone la toma de posición, pasando simplemente de ella. El problema queda archivado, se pasa la página y se olvida. Dios deja de ser necesario y entra en una nube de olvido. Habrá entonces que suspender todo juicio, reconocer nuestra ignorancia, pero no porque sea fruto de una decisión, sino resultado exclusivamente pragmático. Es la postura más cómoda y que pretende encima ser la única posible, razonable, coherente. La muerte de Dios de que hablaba Nietzsche, es aquí más muerte, porque es muerte de indiferencia inservible.

2. Idolatría y paganismo.

Mantenerse a pie firme en el absurdo, en la suspensión del juicio, es una empresa difícil a menudo sentida como carencia o vacío, sin encontrar el modo de poder llenarlo. Una actitud frecuente es salirse por la tangente empleando subterfugios. Se trataría de sustituir ese incómodo vacío por cosas, de tal manera que hay que describirla como idolatría, es decir poner las cosas en el centro de la vida, adorar las cosas que son a todas luces efímeras, ídolos de un día, sin valor de permanencia. La mayoría de las cosas se deterioran pronto o pasan de moda y aquellas pocas que ganan valor con el tiempo, una vez adquiridas les prestamos poca atención, nos acostumbramos a ellas demasiado rápido y el deseo va hacia otras nuevas. Si colocamos el objetivo de la vida en ello, estaríamos tratando de convencernos de un autoengaño, de una mentira que se nos presenta a todas luces como irracional, pero que sin embargo hace la función de acallar la angustia del vacío fundamental, de una vida sin sentido.

El hombre no sabe como atraer hacia si la suerte, la seguridad, la salud, el amor, a los que adora. Muchos hacen cosas increíblemente ridículas, porque alguien les contó que haciendo esto o aquello atraen la suerte o un amor que desean. Ciertas prácticas mágicas semienterradas en libros antiguos están saliendo a la superficie, algunas mezcladas con ritos religiosos y otras simplemente inventadas, que hacen su agosto entre los ingenuos. La magia desde el principio de la historia ha estado presente, a veces latente, otras veces oculta y otras como ahora a plena luz del día ocupando un espacio importante, como en la antigüedad clásica. Magos y adivinos surgen como las setas. Siempre han pretendido conocer los arcanos que mueven todas las cosas, de modo que, por medio de fórmulas y conjuros, amuletos y talismanes, robarles el poder para que obedezcan a sus deseos. Es una pretensión equivocada.

Aparte de la magia en nuestra civilización, muchos dioses suenan como imprescindibles y fundamentales para poder vivir, el principal el dinero, luego el poder, el poseer infinidad de cosas, la salud, el reconocimiento, la seguridad, la sexualidad, el placer, la diversión, y también la sabiduría y el conocimiento. Esto no es más que paganismo, y el cristianismo desde el siglo tercero en adelante, supo vencerlo en todos sus frentes por ser más coherente, tener una filosofía más compacta y promover una vida de mayor autenticidad. También fue vencido en el sentido religioso y del culto. Sigo pensando que el cristianismo es superior en todo. Detrás del poderoso Zeus-Júpiter, de la diosa Fortuna, de Baco y Pan no hay nada, solo piedra esculpida. Poner confianza en la suerte, en la esperanza, en la fortuna ¿no es una confianza y una esperanza vacía? ¿Qué es la suerte? ¿Dónde habita la fortuna? ¿Qué hacer para que se fijen en mi?

3. El materialismo/egocentrismo.

Hay una respuesta más materialista y realista: todo lo que existe y el papel que nos ha tocado en suerte, sólo se debe a una cuestión de azar y de entorno. No existe nada detrás de la suerte o la fortuna que da el dinero y la salud. Nada de ello es trascendente. Sin embargo, si el entorno está controlado y el azar limitado, reduciéndose drásticamente sus grados de libertad, entonces suceden las cosas que se programan o proyectan, con excepción de accidentes. Es absurdo y fuera de toda lógica llenar el mundo de dioscecillos y duendes. Lo que hay que hacer es controlar las estructuras, el medio, las circunstancias donde se producen los hechos para evitar sorpresas. La vida de cada uno y sus circunstancias, son controlables y podemos esperar suerte, fortuna y bienestar dentro de límites razonables. El azar entonces para el medio humano, queda reducido a anécdota y accidente, pero no será la causa de lo que suceda. La causa será debida a la actividad humana, que nada escape a la voluntad del hombre, esta es la meta.

Sin duda es un objetivo necesario el mejorar las condiciones de vida para todos los pueblos y grupos humanos. Pero hoy son muchos, para los cuales las únicas mejores condiciones de vida que les preocupa son las propias. Si por su trabajo o empresa resulta que mejoran las condiciones de vida de los demás, pues lo consideran un hecho colateral sin importancia. La **indiferencia** hacia todo lo humano es en estos total y sorprendente. Dicen: “Yo me ocupo de mí, de mis cosas y de los míos, a los demás que le den morcilla. A los otros los utilizo en mi beneficio si puedo, si no simplemente los ignoro, y si esto no es posible porque me molestan o se oponen a mi ascenso, los detesto, los desprecio, los aplasto. ¡Apártate! Porque estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para hundirte. Esto es lo natural, la lucha por la vida. Las cosas son como son y yo no voy a cambiarlas”. Estas personas si tienen el coraje y la fuerza suficiente son capaces de todo. Menos mal

que la mayoría no tienen los requisitos para imponerse y se contentan y resignan a círculos restringidos, desde una posición de influencia y poder mediocre. No hacen más daño que a los que tienen la desgracia de estar cerca de ellos. Pero si saltan a las altas esferas de la sociedad, entonces pueden afectarnos a todos, porque carecen de la ética necesaria que ponga freno a sus ambiciones. Van de “listillos” que se aprovechan todo cuanto pueden de los demás, que somos la mayoría, por eso tenemos que defendernos de ellos.

4. *El humanismo/relativismo.*

Los principios éticos del humanismo se basan en la libertad y la dignidad de la persona humana sin exclusiones, pues la exclusión puede afectar a cualquiera, según el capricho de algunos, sobre todo de los poderosos. Si la sociedad elimina los principios humanos se convierte entonces en una lucha feroz de todos contra todos, para acaparar las mayores parcelas de riqueza y poder por los fuertes, quedando los demás excluidos. Por eso considero de la máxima importancia los principios que sostienen tanto el humanismo como el ecologismo (HE), en defensa de nuestro entorno natural y humano.

Nada relativo al hombre y su entorno me puede ser indiferente. El relativismo y la indiferencia en cuestiones humanas y del medio ambiente natural, es una grave irresponsabilidad. No es lo mismo una cosa que otra, cuando lo que se hace afecta a las personas o pone en peligro la Naturaleza de la que dependemos. Tenemos que dotarnos de principios y valores en una **ética mínima** común y consensuada, independiente de las creencias personales, por razones de convivencia.

De acuerdo que no siempre actuamos con responsabilidad, que a menudo fracasamos en poner en práctica los principios que sostiene el HE. Cometemos errores, nos equivocamos, nuestra debilidad y fragilidad nos hacen hacer lo que no queremos, pero todo esto no nos puede llevar a la renuncia de nuestros principios HE, en el relativismo y la indiferencia. Frustrados ante tanta injusticia y desastres naturales por los impactos que el hombre realiza contra la Naturaleza no nos debe llevar a claudicar, para refugiarnos en nuestros intereses personales. No, no puedo ser indiferente a las guerras, torturas, matanzas, violencias, discriminaciones, injusticias, etc., ni tampoco permanecer impasible ante la progresiva destrucción del entorno natural. No, no puedo consentirlo y si ocurre desgraciadamente, al menos no con mi consentimiento.

El abandono de los principios del HE al que ha llegado gran parte de la sociedad por la completa indiferencia e irresponsabilidad, se debe a varias causas. En primer lugar, a la falta o fracaso en la información o educación que no ha aclarado ni puesto suficientemente de relieve los problemas que derivan de una actitud anti-HE, que es más grave si cabe en personas o instituciones de elevada riqueza, poder o influencia. En segundo lugar, a la manipulación y tergiversación del significado, sentido y aplicación de los principios que defiende HE, usando sus términos de modo engañoso y fraudulento, por puro interés o manifiesta mala voluntad, que pone en peligro su credibilidad. En tercer lugar, el desencanto y la frustración por falta de resultados, pues lo que algunos ven es que tal vez mejoran ciertas cosas que afectan a unos cuantos, pero para ellos y los suyos las cosas van de mal en peor, que les hace sentirse y lo son, discriminados y marginados de esos posibles bienes.

Habrà que subsanar las causas que producen la indiferencia, con métodos adecuados y recursos suficientes, si pretendemos vivir mejor, si creemos que un mundo mejor es

posible. Quiero pensar que una gran mayoría en la que me incluyo, no queremos vivir ni en el engaño fraudulento, ni manipulado o desinformado, en lo que están muy interesadas e involucradas las grandes compañías multinacionales y los centros de poder político y financiero. Estos tienen planificado el acoso y bombardeo constante por los medios de comunicación, de problemas tremendos que padecen ciertos grupos humanos, que nos obliga a pensar en lo bien que estamos nosotros, al tiempo que provoca que la gente se inhiba por su impotencia real, creando con toda mala intención una costra de indiferencia. Por supuesto, también hay muchos que colaboran en hechos puntuales, cuando se solicita ayuda ante ciertas catástrofes, pero en esta actitud elogiosa no están con frecuencia implicados ni principios ni valores, sino la empatía emocional y espontánea ante estas situaciones.

Cierto que existe irresponsabilidad, ocultación de injusticias, manipulación, fraude, mala voluntad, mentira, etc.; todas estas cosas por graves que sean no pueden conducirnos al desencanto y la frustración, al abandono de todo lo importante.

5. El ateísmo/religión.

No se combate el relativismo ético y la indiferencia, respecto al entorno natural y humano con la idea de Dios, con la religión y menos con la Iglesia, sino con una ética mínima consensuada HE, porque la religión además de no implicar a todos, tiene sus negruras a veces insuperables. Durante muchos siglos de la historia de occidente, la religión se preocupó y ocupó de la maldad humana. Estuvo convencida de que el hombre sin religión era un individuo peligroso e inmoral capaz de las mayores atrocidades. Consideraba la humanidad maldita destinada a la condenación, sólo unos pocos elegidos que se separaban del mundo, como monjes o clérigos, tenían la posibilidad de salvarse de los castigos eternos del infierno. Si Dios no exterminaba a la malvada criatura humana era por ese puñado de hombres santos, que pesaban más en la balanza de Dios que todo el resto de la humanidad despreciable.

La primera disidencia a este planteamiento dominante en la triunfante Iglesia medieval cristiana, fue el renacimiento humanista del cuatrocientos, que conservado en círculos protestantes, resurge en la ilustración y el modernismo para alcanzar la máxima beligerancia en el marxismo comunista y ateo.

Es cierto que el ateísmo puede ser radicalmente anti-HE. Este niega a Dios por razones individualistas egocéntricas, unidas al hedonismo y al relativismo de principios y valores. No están dispuestos a seguir una norma ética o mandamientos morales porque quieren reservarse para sí sus propias decisiones, hacer lo que les gusta, sin que Dios ni nadie les diga lo que tienen que hacer, lo que es bueno o malo. No entienden que la norma, no es una cuestión de sumisión y obediencia sino que significan una guía o dirección, que puede ser asumida razonablemente y en conciencia, por coherencia con las decisiones tomadas.

Por el contrario, hay un ateísmo beligerante profundamente humanista y ecologista, con un fuerte contenido ético y moral. Este acusa precisamente a toda religión de ser antihumanitaria, que promueve una moral de sumisión alienante e insuficiente. Afirman rotundamente que toda religión es falsa, fraudulenta, un mecanismo institucional de dominio y opresión, que se vuelve contra la libertad y la dignidad humana. Creen que las religiones en general se afianzan por el abuso de la credibilidad, y la tendencia a la superstición y la magia que tiene la gente corriente, porque desean salirse de la rutina,

mediocridad y frustración de la vida cotidiana. Mucha gente necesita creer en hechos maravillosos o milagrosos que le alivien de sus problemas comunes, y de ellos se aprovechan las instituciones religiosas con mentiras y engaños. Promueve la resignación, la claudicación de la lucha y reivindicación de sus derechos, porque se les dice que el estado actual de las cosas es la voluntad divina, por lo cual deben someterse a los poderosos y renunciar a mejorar sus condiciones de vida. Con estos planteamientos, no es de extrañar que las clases dominantes hicieran con la religión un frente común, para su objetivo de dominación y explotación de los pueblos. Esta idea de Dios que ha tenido un largo recorrido en la historia está indisolublemente unida a ello, por lo cual dicen y comparto, que toda liberación tiene que pasar necesariamente por la eliminación de esta idea de Dios que no es otra cosa que voluntad de poder.

El humanismo marxista está hoy en retroceso, pues la sociedad comunista real en la URSS cayó en 1989 por su insostenibilidad, revelando sus atrocidades contra la libertad y dignidad humana, afectando de paso a todo presupuesto humanista. Sin embargo, no todo está perdido. El varapalo dado por el marxismo a todas las instituciones religiosas con toda crudeza, tildando a la religión como opio del pueblo, fue un auténtico revulsivo acusando su moralidad de insuficiente, lo cual produjo una revisión y remodelación de los planteamientos sociales religiosos.

Asumo como correcta la crítica marxista, por la que rechazo toda religión que desprecie la libertad y dignidad de las personas que no sean del grupo de sus fieles. Las rechazo porque los valores HE, no son exclusivos ni excluyentes de un grupo sea cual sea, sino generales y tienen por tanto que ser presupuestos previos a cualquier fe religiosa. Sin ellos toda religión se vuelve engaño, falsedad, superstición, dominación, donde anida la maldad humana.

Sin embargo, la religión es anterior históricamente al humanismo y con demasiada frecuencia enfrentada a él, pero en nuestro tiempo es imposible plantear una fe religiosa contra lo humano. Hay que rebuscar en las fuentes de toda religión los presupuestos HE, y rechazar sin contemplaciones todo aquello que se le oponga, por muy arraigado que esté o se crea que son fundamentales, porque **lo primero es el hombre**. Ya no es posible el encuentro con Dios en contra del hombre, lo que significa que ya no es posible oponerse por razones religiosas al derecho, la libertad, la dignidad del hombre, sea cual sea su condición. Los fundamentalistas religiosos que creen poseer la Verdad Absoluta revelada por Dios, y que en nombre de ella desprecian al hombre que no se somete a su Verdad considerándolo malvado y destinado a la condenación eterna, hacen un flaco servicio a su propia religión, pues impiden el posible acceso a Dios de ambos y hacen que los mejores se aparten.

La indiferencia y el relativismo ético, que renuncia a todo valor o principio si no les sirve a su egoísmo y promoción personal, no se combate con religión sino con los argumentos y razones del HE, porque este va a favor del hombre, de los intereses comunes de la gran mayoría. La indiferencia hacia cualquier valor es una grave irresponsabilidad, de la cual debemos defendernos los que creemos que un mundo mejor es posible. Evidentemente no todo humanismo es religioso, pero si es el presupuesto previo a toda fe religiosa, pues asegura una fe no alienante, ni contraria a la dignidad humana.

6. Crítica atea a la existencia y concepto de Dios.

En el período de la historia desde la antigüedad al modernismo, no hubo ningún modo de explicar el mundo y el hombre sin la intervención de Dios (o dioses). No había alternativa posible. Si alguien negaba la existencia de Dios, se debía a una actitud irracional en rebelión contra las verdades establecidas. La Ciencia y la Filosofía de entonces formaban un sistema de comprensión de la realidad compacto y coherente, en el que Dios formaba parte esencial del mismo como explicación racional de toda existencia.

Las pruebas indiscutibles de la filosofía o teología cristiana sobre la existencia de Dios, fueron principalmente las cinco vías de Santo Tomás y la prueba ontológica de San Anselmo. Todas han quedado en suspenso desde la crítica de Hume y Kant. En ellas hay un salto ilegítimo, al proponer a partir de unos hechos de la experiencia, la necesidad de la existencia de Dios, que no es un hecho sino un criterio de valor. Proponer un Dios ordenador, que explique el orden del mundo, se basa en un hecho demostrable, que los fenómenos siguen ciertas leyes, pero no que esas leyes necesiten autor, que es un juicio de valor. Decir que Dios es la causa primera que explica la serie de causas de lo real, no puede contrastarse pues no hay datos o hechos para saber de qué causa hablamos o si esa causa existe.

La prueba ontológica de San Anselmo que proponía a Dios como ser existente por sí mismo, en el que su esencia sea también existencia, cuando en lo real, ser y existir están netamente separados, es una contradicción empírica. Cualquiera puede hacer que las cosas sean, objetos, paisajes, ambientes de ficción, creados por novelistas o fabuladores, a veces con auténtica coherencia y verosimilitud, pero eso no implica su existencia. Para probar la existencia de las cosas o seres hay que mostrar las relaciones que guardan entre sí, pero las relaciones que tienen las cosas o seres con Dios y a la inversa, ni pueden mostrarse ni son evidentes. S. Anselmo también decía que la idea de perfección que corresponde a Dios incluye la existencia, ¿no habría que preguntarle el porqué? ¿no es acaso fabulación esa idea concreta de perfección? Si el hombre no piensa en la perfección, la existencia de Dios desaparece. El problema ya lo vio el propio S. Anselmo esforzándose por probar que la idea de perfección es innata en todos los hombres. Esta proposición no es un hecho, sino un juicio de valor.

En tiempos más recientes, se ha intentado probar la existencia de Dios por vía de la posibilidad de su existencia, pretendiendo demostrar teóricamente que, si la posibilidad es real, entonces se deduce necesariamente de ello su existencia. Pero hacer esto no es válido, de la posibilidad no se puede saltar a la necesidad, aunque exista una posibilidad significativa. Hay otras proposiciones a veces lógicas incluso matemáticas, pero al poco tiempo de su propuesta se pone de relieve que su base axiomática es precisamente lo que se quiere demostrar, cayendo en tautologías insalvables. Así pues, todas las pruebas sobre la existencia de Dios, van contra la razón y la experiencia, por consiguiente, no pueden ser evidencias. Son juicios de valor que apelan a la creencia, sin poder demostrar la necesidad de existencia de lo que proponen. La única prueba de existencia de un ser, cualquiera que sea, es **mostrarlo** y esto respecto a Dios, no es evidente para todos.

Con frecuencia, los ateos se burlan del concepto de Dios de las religiones monoteístas por ser antropomórfico. Lo que se predica del contenido de Dios, son cualidades humanas pensadas en grado máximo, sin límite. Pensar de este modo en los atributos asociados con Dios: creador, todopoderoso, sabio, bueno, clemente, etc., hasta más de cien posibles, por poco que se analice cualquiera de ellos, se cae en contradicción mediante vulgares

silogismos lógicos.

Si no existen pruebas de la existencia de Dios, ni puede mostrarse, ni tampoco se puede saber de qué estamos hablando pues no podemos asignarle ningún atributo ni contenido, y además no es un ser necesario para explicarnos el mundo ni el hombre, la conclusión más simple es que no existe. Así, los ateos piensan que la idea de Dios es un invento del hombre, que fue tal vez necesario en la historia pero que ya no nos sirve, sino todo lo contrario pues se opone a la libertad y el progreso del hombre. Insisten en que los teístas, creyentes en Dios, tienen que demostrar su existencia, si no pueden hacerlo y a pesar de ello se mantienen en su posición, se debe a causas emocionales o sentimentales y a la cerrazón irracional de una fe ciega.

Yo pienso que los ateos han llegado a la conclusión de la no existencia de Dios apresuradamente, precisamente apelando a la razón que tanto reivindican para sí. Afirmar o negar la existencia de Dios son proposiciones, sobre las cuales hay que justificar las razones por las cuales se decide cual de las dos tiene mayor veracidad o probabilidad de ser cierta. Ya hemos dicho que la propuesta afirmativa de la existencia de Dios ni puede probarse ni mostrarse, pero tampoco puede demostrarse que Dios no existe. Que Dios no exista no resulta como consecuencia de no poder demostrar su existencia, pues por ejemplo en el marco de la Ciencia no por no poder observar, tomar datos o referencias de un objeto del mundo físico situado más allá de los límites de nuestra tecnología, no quiere decir que no exista sino solamente que no está si existe a nuestro alcance. Lo mismo puede decirse de Dios. Los ateos para asegurarse y confirmar lo que dicen, tendrían que demostrar que Dios no existe.

En consecuencia, tanto los teístas como los ateos estamos al mismo nivel de veracidad y certeza, sobre la proposición de existencia o no de Dios. No existen pruebas ni demostraciones ni a favor ni en contra. Ninguno de los dos podemos defender una Verdad Absoluta, válida para todos. Lo que hacemos es elegir una de las alternativas, y exponer las posibles razones que justifiquen la elección realizada.

Tanto el religioso como el ateo siguen proponiendo la existencia o no de Dios como una evidencia, pero en ambos casos no sólo no es una evidencia, sino que es imposible que lo sea. No es una proposición neutra que pueda ser admitida por todos, como podría serlo un axioma matemático o lógico, puesto que al admitir o negar el supuesto de la existencia de Dios, se entra en el campo de los conflictos, y lleva a una toma de postura beligerante. Por tanto, no se trata ni de un hecho, ni de una evidencia, sino de un juicio de valor que da lugar a una decisión, que para aquel que la toma se le presenta como evidente, pero sin duda esta evidencia es posterior a la decisión tomada.

Tomar la decisión de afirmar la existencia de Dios, es un riesgo que hay que asumir con toda responsabilidad. No existen demostraciones ni seguridades, pero no hay para el hombre nada que no dependa en su origen y fundamento de una elección libre. No es posible conocer la Verdad Absoluta y probada en la que el hombre pueda asegurarse, arrebatándole el uso de su libertad. Al elegir a Dios la duda de una elección equivocada puede presentarse siempre. ¿Y si al final no hay nada? ¿Y si tienen razón los nihilistas o los ateos? ¿Si me he equivocado y al final ellos tienen razón? Evidentemente ellos tampoco lo saben, todos estamos en la misma disyuntiva, pero, aunque ellos se muestren seguros y orgullosos de su decisión, es debido a que no han caído en la cuenta de que ellos también han elegido, pues no existe prueba alguna de la verdad que aseguran. De

todos modos, si ellos tienen razón jamás podré saberlo, porque en este caso la muerte será la extinción completa y nada al final podrá ser confirmado. Jamás podré decir “es cierto, no hay nada y todo ha concluido”. Pero si Dios existe y la promesa de vida eterna se cumple, entonces ellos y yo sabremos la Verdad. Ellos se llevarán una gran sorpresa por haber escogido equivocadamente, mientras que yo seré confirmado en mis decisiones y cumplidas mis esperanzas. (Pascal).

7. El agnosticismo.

El término agnóstico se propuso en la modernidad para designar a aquellos que no se cuestionan nada acerca del más allá, de la existencia de Dios, o del sentido último de la vida. Piensan que la vida se tiene mientras dure, ir más allá carece de sentido y cualquier planteamiento al respecto no tiene de validez, no sólo porque no existen pruebas ni datos sobre el particular, sino porque es imposible que las haya. Simplemente se desentienden del problema. Yo ni quiero ni puedo.

Hay otro modo de entender el agnosticismo teniendo en cuenta su etimología. Si los gnósticos afirman que Dios como Absoluto puede ser conocido, el agnóstico niega esa posibilidad sin negar su existencia. Al contrario, guarda un profundo respeto, tanto que no acierta a decir nada al respecto, siendo aquí lo Absoluto lo Totalmente Otro, estrictamente incognoscible. No duda de su existencia, argumentada con razón y lógica, que ya apuntamos al final del tema sobre el hombre (capítulo 1) y por ello observa la realidad con perplejidad y asombro, maravillado y deslumbrado por lo que queda fuera de sus posibilidades y capacidades cognitivas. Tras las cosas, fenómenos, sucesos de la realidad física y humana, siente la fuerza de atracción del **abismo insondable**, misterioso y oculto, siendo esta una actitud muy común entre los científicos por su capacidad de curiosidad y sorpresa, al observar con minuciosidad la parcela del entorno que investigan.

Un agnóstico no tiene dificultades en asumir los principios del humanismo y ecologismo, ni tampoco la trascendencia o la espiritualidad, precisamente por la afirmación de la existencia de lo Absoluto. Lo que niega el agnóstico es que sea accesible, que se manifieste o se dé a conocer como Dios, que revele su voluntad o mandamientos. Pues, ¿en qué consiste la revelación? ¿quién puede conocer la voluntad de Dios- Absoluto? ¿de qué voluntad hablamos? ¿dónde colocarla? Son problemas que para el agnóstico no tienen solución. De estos problemas trataré más adelante. Ahora lo que me interesa es profundizar en ese abismo insondable de lo Absoluto y proponer una idea de Dios como algo impersonal, que por lo general no suele presentar problemas a la racionalidad agnóstica.

8. El principio de causalidad.

Es un presupuesto general de la Ciencia, que el origen de los objetos o entes físicos no requiere la existencia de fuerzas externas al propio sistema, por complejas que sean.

Todo sistema tiende al equilibrio que es el estado de mayor orden, producir algo complejo como células o seres vivos va contra el estado atractor de menor energía. Pero en sistemas muy alejados del estado de equilibrio, pequeñas fluctuaciones que superen un umbral se amplifican de tal manera, que aumentan la probabilidad de hacerse irreversibles y formar objetos complejos que en principio parecían poco probables. De este modo es

posible que el sistema forme moléculas complejas, como ácidos nucleicos y proteínas, de modo que se organicen sistemas vivos simples sometidos a cambios evolutivos, y con ellos la aparición del hombre y las diversas culturas de las sociedades humanas. Así no es necesario postular saltos o intrusiones de fuerzas sobrenaturales, ni siquiera para el origen de la vida o del hombre, sino que el propio sistema tiene en sí mismo los mecanismos de su propia evolución, hacia grandes complejidades. Yo creo que esto es así, que todo lo que existe en el mundo-universo parte de una situación como esta, en la cual el sistema evoluciona por mecanismos internos del sistema.

El Universo físico de Newton fue concebido mecánicamente, cuyo orden obedece a Leyes generales, sostenidas por el principio de causalidad. Si lo tomamos en sentido estricto la sucesión continua de causas lleva a un cerrado determinismo, sin dejar ningún grado de libertad al sistema, que es no sólo absurdo sino falso. En el otro extremo el escepticismo de Hume puso en entredicho, el propio principio de causalidad, en el cual se afirma que el suceso o condición precedente causa el siguiente. Según Hume, sólo podemos constatar en la experiencia una sucesión de sucesos, que coexisten en espacio y tiempo, y lo que queda determinado en un momento y lugar son solamente las condiciones previas, posibilidades o alternativas del siguiente, pero en absoluto pueden ser su causa, sino únicamente coincidencia espacio temporal repetida “casi” siempre. La existencia de una enorme probabilidad casi única o prácticamente necesaria, o la escasa probabilidad del azar, no determina el suceso siguiente.

No obstante, el principio de causalidad, tomado en sentido débil es un instrumento eficaz para el avance científico. Si tenemos unas condiciones previas, con un número definido de variables y la variación de una sola de ellas produce un resultado concreto, es necesario concluir que el cambio de la variable determina el resultado, de este modo definimos causa como concepto. Pero en absoluto este concepto débil de causa, se puede tomar como la única responsable del resultado, sólo demuestra que influye en él, porque necesitaríamos tomar “todas” las variables del sistema, para llegar a conclusiones definitivas, lo cual es imposible; pero aún así este concepto débil, es suficiente para el progreso científico. La verdad total, absoluta, no está a nuestro alcance. Sin embargo, la Ciencia es capaz de determinar las causas de la gran mayoría de los fenómenos observables, las *causas históricas* o precedentes por las que el hecho se produce, y de este modo prever cual se producirá a continuación, por lo menos a corto plazo. Confiamos en ella, en su capacidad de previsión y por ello nos subimos a los aviones.

Pero las *causas actuales* o específicas de un suceso concreto, presentan indeterminación en grado diverso, pues es evidente que, con frecuencia aleatoria, aparecen los imponderables, los accidentes, los errores, la suerte, el azar. Menos mal que nos movemos con amplios márgenes de probabilidad estadística, que nos permiten un alto grado de fiabilidad en nuestras predicciones. Precisamente es por el azar, la indeterminación presente en los hechos, por lo que debo admitir que existe “algo” que elige cual de las posibilidades o alternativas que tiene un sistema, queda fijada en el tiempo. Ese “algo” que hace que las cosas sean y lleguen a la existencia se desconoce, y aunque pienso que la Ciencia y la Filosofía no deben abandonar su búsqueda, ¿podría explicarse mediante la acción creadora o actividad de Dios? La respuesta afirmativa no es una afirmación necesaria, ni una deducción lógica, sino como todo, **una decisión libre**. Un ateo preguntaría que por qué buscar más allá, y no una causa por ahora desconocida propia del sistema. Bueno podría ser, pero lo que es cierto es que no es imposible, puesto que no sabemos si está el sistema cerrado a algo más allá de él, o por el contrario abierto hacia

el exterior de sí mismo.

A menudo para salvar la dificultad, se ha dicho que el sistema no elige, sino que el tiempo determina cualquiera de las alternativas y como el sistema dispone de todo el tiempo necesario, el mecanismo de formación y desarrollo, consistiría simplemente en un proceso continuado de ensayo-error. Sin duda la materia y la vida ensaya nuevas combinaciones y formas, algunas tienen éxito y se desarrollan, y otras se destruyen o se extinguen a causa de errores, fallos en su constitución y no sobreviven. Sin embargo, este proceso que funciona para casos particulares o concretos, no es suficiente en lo general, un sistema de ensayo-error para construir el mundo. Suponiendo que disponemos de todo el tiempo necesario, resultarían de ese modo innumerables mundos paralelos de todo lo que podía haber sido y no fue. Distintos mundos universos, en todo semejante hasta cierto punto determinado de su historia, en el que por error divergen. Aquellos que tienen error se destruirían por los fallos que presentan, mientras que los que no lo tienen, continuarían evolucionando hacia adelante. La historia humana personal y colectiva, tendría también que repetirse de modo indefinido, hasta el momento en el que tomase el rumbo hacia su destrucción, para volver a empezar eliminando el error producido. Todo esto es absurdo y además falso.

9. La estricta precisión de las constantes naturales.

No quiero decir que las cosas existan y persistan, por un Principio externo, o por una Voluntad divina. No, las cosas existen por causas o Leyes naturales, que la Ciencia se esfuerza en determinar con excelentes resultados. Pero lo que admira es que todo está tan agarrado por los pelos, y dependa de tantas variables que tienen que estar en su sitio, que es sorprendente que no se descarrile, hundiéndose todo en un profundo caos, en particular con respecto a la Tierra, la vida y el hombre. La simplicidad de relaciones que manifiestan las leyes naturales físico-químicas, da lugar a una complejidad realmente asombrosa. Desde las estructuras más simples e insignificantes, a las más complejas y gigantescas, desempeñan funciones que relacionan todo entre sí, dando una red integrada, en la que todo encaja en un orden preciso y exuberante, que nos produce perplejidad y asombro.

Todo lo que existe depende de límites muy estrechos, el Universo, la Tierra, la Vida, el Hombre, subsisten en el borde mismo de su destrucción. Un poco más de masa solar o de actividad, y la Tierra se quemaría, perdería su atmósfera, los océanos se evaporarían dando extensiones desérticas de sal, sin rastro de vida. Un poco menos y se congelaría, con igual resultado. Lo mismo ocurriría con variaciones de la órbita terrestre, un poco más cerca, calor abrasador; un poco más lejos, frío paralizante. La Tierra se encuentra justo en la posición adecuada. Si se diera un poco más de gravedad, todo colapsaría, un poco menos se expansionaría a tal velocidad que sería incapaz el universo de formar galaxias y planetas. La materia no podría darse si las fuerzas nucleares y electromagnética no tuviesen la intensidad que tienen. Ni podrían darse las moléculas, si la afinidad química no fuese la necesaria.

Durante la evolución de la vida, se han producido fenómenos de una improbabilidad casi total: la estabilidad de las macromoléculas de los ácidos nucleicos y proteínas en ambiente hostil, la simbiosis de procariotas para dar a los eucariotas, la coordinación de células para dar un organismo pluricelular y una enormidad de sucesos complejos o de detalles insignificantes, que de no haberse dado cualquiera de ellos, jamás se habrían formado animales, como los vertebrados, los mamíferos o los primates, ni por supuesto el hombre.

Reconstruir una línea evolutiva hacia atrás es relativamente fácil, pero hacia adelante tiene tal acumulación de casualidad, de causas tan improbables, que hacen imposible la predicción evolutiva. Además, en cada medio natural, la vida se desarrolla de modo particular, no puede formar cualquier cosa en cualquier parte, sino que depende de como ha sido su historia concreta. No existen elefantes en Australia, ni canguros en Europa.

Así en un supuesto planeta donde se hubiese desarrollado la vida, no tiene porqué la evolución originar seres humanos o en su lugar seres inteligentes, precisamente porque la vida no sigue una evolución con la finalidad determinada de producirlos. Aunque sea teóricamente posible, ya que al menos se ha dado una vez en la Tierra, el conjunto de factores aleatorios que lo ha originado lo hacen muy improbable y por ahora no hay datos que lo justifiquen. El apoyo a la existencia de inteligencia extraterrestre es una hipótesis audaz, pero del ámbito de las creencias. En todo caso su existencia no estaría en contradicción con la existencia de Dios. Lo que intentamos subrayar es la práctica imposibilidad de que la evolución de la vida repita de forma semejante lo ocurrido en la Tierra.

La vida con una historia evolutiva de unos 3.800 m.a., estuvo permanentemente expuesta a la extinción, y en ciertos momentos de crisis a su desaparición total, por la ocurrencia de catástrofes naturales. La fragilidad de la vida es permanente. Un poco más de tal variable y miles de especies desaparecen, un poco menos de tal otra variable y otras tantas especies se extinguen. Es un verdadero milagro que en los momentos de las grandes crisis biológicas, que marcan los cambios de era geológica, se haya salvado un resto que ha continuado la historia de la vida.

10. *Fuerza y Sabiduría.*

A pesar de esta fragilidad y vulnerabilidad, esta limitación y precisión necesaria, el mundo y la vida se mantiene, y este hecho reclama para mí, una fuerza más precisa que la fluctuación del caos, el azar o la necesidad. Por eso creo que existe una **Fuerza creadora y sostenedora**, una fuerza de atracción que tira de lo que existe, de la materia y de la vida, a lo largo de su historia, en el proceso evolutivo que lo creó, lo sostiene y desarrolla. Una Fuerza y Sabiduría pensada aquí como impersonal, creadora y sostenedora del mundo, daría cuenta de lo que existe, de su permanencia, porque tiene que haber algo más que el azar y la necesidad, que dé justificación a este maravilloso y casi imposible universo.

No veo que sea posible identificarla como un “algo” físico o energía primordial, o simplemente con la superfuerza que unifica las cuatro fuerzas fundamentales, ni tampoco una entidad física sea cual sea, como energías, partículas, campos o cuerdas, que la Física Teórica tiene como objetivo en los últimos decenios. Ni las energías, ni esa superfuerza unificada, pueden asumir la función de justificar el asombro y la perplejidad de lo que observamos. La superfuerza o las energías, tendrían que tener sentimientos y disponer de capacidad para dar razones que los justifiquen. Pero la razón y la emoción no son propias de fuerzas físicas, por muy superfuerza que sea.

Mantener la existencia de una fuerza creadora no es en el sentido de conocimiento de la realidad, ni postular la necesidad lógica de su existencia. No estoy pensando en el Espíritu de Dios arquitecto del mundo, que por su Sabiduría lo diseña y dicta las Leyes Naturales para su ejecución por su propia Voluntad y su Palabra o Logos. No sé en qué consisten ni que son ese Espíritu y ese Logos, no sé si existen, si tienen existencia o entidad propia,

por ello propongo una Fuerza y Sabiduría como impersonales que son sólo conceptos, ideas que intentan poner nombre al origen del problema; pero no pasan de ahí, pues no intento especular metafísicamente sobre estos entes pretendidamente reales. Muchos ensayos se han realizado en este sentido desde la Filosofía, por ejemplo, en el desarrollo del Espíritu en Hegel, o desde el realismo o del idealismo filosófico o con la propuesta de una fuerza espiritual o vitalista que pretende explicar la existencia de la vida y el hombre. Nada de todo esto me interesa.

11. *El Espíritu de lo Absoluto.*

Ya hemos dicho, que especular metafísicamente sobre lo Absoluto no lleva a ningún resultado sobre lo que es. La Fuerza y Sabiduría propuesta no añaden nada al conocimiento, ni sobre lo Absoluto ni sobre la Realidad Física, sólo intentan señalar el núcleo del problema, pero apuntan a cierta *actividad de lo Absoluto*. En este sentido podemos hablar del Espíritu de lo Absoluto, puesto que el concepto de espíritu tiene un carácter de movilidad, de actividad, en contraste con el pensamiento común de la inmutabilidad de lo Absoluto.

No me refiero aquí a la idea que entiende el Espíritu como algo invisible, presente en el hombre y en el mundo como un fantasma (animismo), o como un fluido mágico (espiritualismo o vitalismo), o bien como sustancia o esencia de las cosas, (esencialismo u ontologismo), es decir una entidad sobrenatural mezclado con nosotros mismos o nuestro entorno. A partir de estos modos de entender el Espíritu, algunos pretenden intentar conocerlo fijándose en su actividad, en la acción del Espíritu. Piensan que cabría la posibilidad de distinguir lo propio de su acción, buscándola en aquellos lugares y momentos, ocasiones y sucesos, donde su actividad sea más intensa. Según este criterio habrá que suponer, al menos aparentemente, que el Espíritu no siempre actuará con la misma intensidad. No será constante. Habrá momentos en que parezca ocultarse, y todo se hace incierto, la suerte se vuelve en contra, suceden cosas tremendas, catástrofes terribles, y en otros momentos nos derribará con temor y temblor, perplejos y asombrados de su fuerza y esplendor en ocasiones especiales. No es que el Espíritu vaya y venga, al contrario siempre estará en todo, pero desde este punto de vista, actuará con intensidad variable. Sin embargo, esta vía de conocimiento nos deja tirados a la deriva pues no lleva a ninguna parte. La situación no es mejor que la que se da a nivel del chamanismo, del animismo, incluso de la magia o del esoterismo. Sus resultados si los hay, son confusos, contradictorios y casi siempre irracionales.

Si bien me parece cierto que lo único que podemos ver de lo Absoluto es su actividad, lo hacemos digamos de modo general, sin poder concretarla o determinarla, sin conocer que es ni su contenido, sólo vemos con perplejidad como ante nosotros queda fijado el presente, a causa de su actividad. Esto es así porque el Espíritu es otra Realidad distinta a la Realidad Física, por lo que no podemos verlo ya que no pertenece a ella. La Naturaleza, el Mundo- Universo no es lo Absoluto, es ese Algo que vibra distinto y separado, creado y sostenido por su Poder y su Sabiduría, por el Espíritu. En consecuencia, así como la Naturaleza no es lo Absoluto, tampoco contiene su Espíritu. No está en ella de ningún modo, sino como Espíritu, aquello que pertenece a la Realidad Última, Absoluta, haciendo que las cosas sean, como lo totalmente distinto, **lo Otro**

Incognoscible.

12. *Mi decisión.*

Si lo único que podemos observar del Espíritu de lo Absoluto es su manifestación, su actividad, ello no significa que su ser sea su acción, entendido como acto puro, sino que simplemente hace, tal como yo no soy exclusivamente lo que hago. Por tanto, pienso que no se trata de ningún ser distinto en su seno, sino que desde siempre es lo propio de sí mismo, es decir, no pensado como un ente inmóvil e imperturbable, sino que presenta actividad. Y es que yo creo que el Espíritu está detrás de todo cuanto existe y ocurre, no sólo como la casualidad ocasionalista y milagrera, sino también como fundamento de la causalidad, en su sentido fuerte, como razón de ser o existencia. Es este el Espíritu que me interesa. Esta fe se apoya en una decisión libre, en la creencia razonable de que el Poder, la Fuerza del Espíritu, es lo que crea y sostiene el mundo en cada presente.

Los ateos niegan la existencia de lo Absoluto distinto de la Realidad Física, en consecuencia, no pueden admitir esa Fuerza y Sabiduría de la que hablo, por el contrario, hay agnósticos que no tienen dificultades en admitirlas, al contemplar con respeto y perplejidad lo que existe, siempre que se mantengan como estrictamente impersonales.

Creo en esa Fuerza que sostiene y la Sabiduría que hace. No puedo probar la necesidad de su existencia, pero tampoco me pueden demostrar lo contrario. El asombro y la perplejidad que me produce la contemplación de la naturaleza y de la vida me induce a proponer esa Fuerza impersonal, creadora y sostenedora de todo lo que existe. No se trata de la posesión de la verdad intolerante sino de una decisión, ante la incapacidad para entender algo de lo que existe y de darle una justificación razonable.

En consecuencia, creo que todo cuanto observemos de la Naturaleza y del hombre, cuanto descubramos por la Ciencia e investigación sea cual sea, estamos contemplando la actividad del Espíritu, aprendiendo a saber cómo actúa. Lo vamos entendiendo poco a poco, al paso que marca la Ciencia al descubrir nuevos resultados que permiten nuevas concepciones de nosotros mismos y nuestro entorno. No es posible ahorrarnos este esfuerzo, ni prescindir de este ritmo lento especulando desde arriba sobre supuestos entes metafísicos. Creo que el Espíritu está actuando en todo, en todas partes, en todo momento y lugar, y por ello al descubrir los procesos naturales y su explicación, al mismo tiempo descubrimos la actividad del Espíritu. Pienso que su modo de hacer es continuo, sin interrupciones, pues todo desaparecería de pronto en un Caos confuso si dejase de hacer, porque los límites estrechos en el que fluctúan los valores de las constantes físicas se traspasarían, impidiendo sostener el espacio-tiempo, la materia-energía, tal como la conocemos y somos. Cierto es que la sujeción de las constantes en sus estrechos márgenes de fluctuación, puede deberse a otras causas por ahora desconocidas, pero a mí me “gusta” pensar que dependen de la actividad del Espíritu.

Afirmar que el mundo universo se sostiene a sí mismo es una decisión, una toma de postura ante lo desconocido, del mismo nivel que afirmar la existencia de Dios entendido como impersonal. Ambas son supuestos o creencias. Afirmar el mundo en sí mismo, lleva al vacío y al absurdo, afirmar a Dios lleva al misterio, pero que abre otra perspectiva distinta para tratar de entender algo mejor lo que existe en su conjunto. Me decido a hablar de ese misterio como Fuerza y Sabiduría porque expresa en conceptos la fuente de los problemas que es sostener y hacer realidad lo que existe. No es que sepa algo más de la

Naturaleza que la Ciencia desconoce, ni tampoco de Dios distinto del misterio. La Fuerza y Sabiduría no añaden nada nuevo. Expresan mi debilidad y desconocimiento, el misterio lo hacen aún más profundo. Tienen un sentido negativo de lejanía, de oscuridad, de separación profunda entre nosotros y lo Absoluto.

Si hablo de Fuerza me refiero a fuerza creadora que es precisamente el misterio. Si hablo de Sabiduría es aquella necesaria al menos para sostener el mundo. Ambas, por mi opción de fe las considero en Dios. Por ello, creo que en donde hay fuerza positiva, constructiva, creadora, allí estará presente la Fuerza y Sabiduría de Dios.